

tante la resolución de ir á marchas forzadas á detener á Wurmser. Pero antes de precipitarse desde las montañas del Tirol en persecucion de su enemigo, dispuso con la siguiente proclama los habitantes á adoptar la administracion que estableció :

« TIROLESES!

» Solicitais la proteccion del ejército frances;
 » es menester merecerla. Supuesto que la ma-
 » yoria de entre vosotros está bien intencio-
 » nada, obligad á que se someta á este corto
 » número de hombres obstinados. Su junta in-
 » sensata tendria por resultado acarrear sobre
 » su patria los furores de la guerra. La supe-
 » rioridad de nuestras armas es ya indudable.
 » Los ministros del Emperador vendidos á la
 » Inglaterra se han descubierto. Ese infeliz
 » monarca no da un paso que no sea una falta.
 » ¡Quereis la paz! Los Franceses pelean para lo-
 » grarla. Pisamos vuestro territorio solamente
 » para obligar á la corte de Viena á que oiga el
 » voto de la Europa afligida, y los gritos de
 » sus propios pueblos. No hemos venido aquí
 » para engradecernos; la naturaleza ha fijado
 » nuestros límites al Rhin y á los Alpes, del

» mismo modo que ha señalado en el Tirol
 » los límites de la casa de Austria. Tirolese!
 » Cual haya sido vuestra conducta pasada,
 » volved á vuestros hogares; abandonad á unas
 » banderas tantas veces vencidas é impotentes
 » para defenderos. Los vencedores de los Al-
 » pes y de la Italia no se amedrentarán con
 » tener algunos enemigos mas, pero la gene-
 » rosidad de la nacion me manda procure sal-
 » var algunas víctimas. Nos hemos hecho te-
 » mibles en los combates, pero somos amigos
 » de los que nos reciben con hospitalidad, etc.»

Bonaparte salió el 6 al amanecer. Trento dista veinte leguas de Basano donde queria batir á Wurmser. El dia siguiente por la mañana, las dos vanguardias se hallaron en presencia en Primolano, que fue tomado á viva fuerza, así como el fuerte de Còvolo. Nada pudo resistir al ímpetu frances. Este dia costó al enemigo cuatro mil prisioneros, doce cañones y un gran número de cajones. En el mismo momento, Kilmainese hallaba acometido en Verona por una division del cuerpo de Wurmser que fue rechazada. Esta pidió socorro al general en gefe, quien por otra parte, viéndose apretado sobre Basano, la llamó tambien, pero

inútilmente. El 8 el general Mezaros, que mandaba esta division, apenas llegaba á Montebello que Wurmser perdía la batalla de Basano. El ejército enemigo, fuerte de veinte mil hombres formados en una línea sobre la cual se refugiaban los restos de las tropas puestas en las gargantas del Brenta, atacado sobre la izquierda por Augereau y sobre la derecha por Massena, fue roto por todas partes y echado dentro de la ciudad de Basano. Repitiendo la hazaña de Lodi, se pasó el puente en columna. A las tres de la tarde fuimos dueños de Basano. Seis mil prisioneros, treinta cañones, un parque inmenso de bagajes y de carros uncidos, y dos equipages de puente quedaron en poder de los Franceses. No le quedaba á Wurmser sino un resto de ejército y tenía cerradas todas las comunicaciones con los Estados hereditarios. Quasdanowich que marchaba sobre Basano, tuvo que replegarse hacia el Friul con tres mil hombres. Mezaros se había reunido con su general en Vicencia. Wurmser privado de sus equipages de puente, desde la derrota de Basano, no podía volver á pasar el Adige, y hubiera caído prisionero infaliblemente, sin el descuido culpable del

comandante de Leñano á quien faltó valor para mantenerse en este punto, y que tuvo aun menos cabeza abandonándolo de repente, con lo cual abrió un camino al enemigo desesperado. Wurmser, habiendo tenido aviso de esta evacuacion, entró en Leñano sin resistencia, hizo pasar el Adige á su ejército, y se dirigió sobre Mántua.

En su retirada Wurmser echó á los Franceses de Cerea donde el general en gefe, que acudia al socorro de su vanguardia rechazada, estuvo en peligro de caer prisionero. Se apoderó tambien de Villa-Impeta y de Due Castelli, defendidos por un batallon. Wurmser debió estas dos ventajas consecutivas á su numerosa caballería y á la debilidad de los destacamentos que ocupaban las posiciones avanzadas del bloqueo de Mántua. Estos sucesos le determinaron á quedar en campo abierto, y á la cabeza de la guarnicion de Mántua, donde dejó solamente cinco mil hombres, se acampó entre el arrabal de San Jorge y la ciudadela. Su ejército reclutado presentaba un efectivo de veinte y cinco mil hombres. El ejército frances constaba de veinte y cuatro mil combatientes. El ataque se dió el

19 y se llamó batalla de San Jorge. Las dos alas estuvieron luego empeñadas. Sobre la izquierda, la division del general Bon cedió por algunos instantes; pero Massena desembocó por el centro con sus tropas formadas en columna; con esta maniobra hábil desordenó á las filas austriacas, y decidió la victoria. El combate fue sangriento y encarnizado. En fin, el enemigo dejó tres mil prisioneros, tres banderas, once cañones y corrió á encerrarse dentro de Mántua. Dos dias despues, Wurmser, dueño de Serraglio, echó un puente sobre el Pó, y abasteció la plaza. El 25 intentó otra vez marchar sobre el Adige, atacando al puesto de Govérnolo; pero no logró su intento y sacrificó mil hombres y seis cañones. El general Kilmaine puso fin el 1° de octubre á la guerra de Wurmser; entró en Serraglio, volvió á tomar las posiciones de Pradella y de Ceresa, y Mántua quedó estrechamente cercado.

El tercer bloqueo de Mántua estaba formado; el tercer ejército austriaco quedaba enteramente aniquilado. De los setenta mil hombres que le componian en 1° de junio, existian solamente diez y seis mil hombres

encerrados en Mántua con el general en gefe, y diez mil, fugitivos en el Tirol con Davidowich y Quasnadowich. Este ejército habia perdido setenta y cinco cañones, treinta generales y veinte y dos banderas. El edecan Marmont, á quien Bonaparte habia encontrado en Tolon teniente de artillería, trajo al Directorio las banderas ganadas en las batallas de Roveredo, de Basano y de San Jorge. Se puede decir de aquella época, que los soldados del ejército de Italia, haciendo ver con prodigios todo lo que los Franceses pueden obrar, mandados por un gran capitán, eran los primeros soldados de la República y del mundo. Pero, ¿qué se dirá de los generales que los guiaban en esta memorable campaña! ¿y cuál será la parte de gloria que les tocará en la gloria del general en gefe, que tuvo la dicha de hallar tales instrumentos de sus designios y de su ingenio! ¿Qué hombres aquellos! El intrépido Augereau que jugaba con toda clase de peligros; el hábil y sabio Joubert, siempre imperterrito, y sobre todos ellos, el ilustre Massena, digno ya de mandar un ejército. Al lado de estos se distinguan como émulos de audacia y de talento,

Vaubois, Sahuguet; Kilmaine, Bon, Serrurier, y en el segundo rango, Saint - Hilaire, Leclerc, Murat, que empezaban una carrera que habia de ser algun dia tan llena de acciones caballerescas, y Lannes á quien se podia llamar el valiente entre los valientes. No puedo nombrar á todos los demas oficiales, entre los cuales existian ya tantos futuros generales, cuyos nombres estaban aguardando la celebridad; pero reciban el tributo que les pertenece en la persona del coronel Rampon, generoso comandante de los héroes del reducto de Monte-Legino.

El ejército de Italia, no teniendo mas enemigos que combatir, descansó; pero sin dejar las armas de la mano. Vaubois se atrincheró sobre las orillas del Lavis y ocupó la ciudad de Trento. Massena se colocó en Basano desde donde observaba el paso del Piave. Augereau guardaba el Adige en Verona. Kilmaine dirigia el bloqueo de la plaza de Mantua. Bonaparte habia vuelto á Milan.

CAPITULO V.

PERMANENCIA EN MILAN. — CORRESPONDENCIA CON
EL DIRECTORIO. — NEGOCIACIONES.

(Del 2 al 24 de octubre.)

MIENTRAS el ejército descansaba en sus acantonamientos, Bonaparte vigilaba sobre los enemigos de la Francia, sobre las necesidades de la campaña próxima, y sobre la prosperidad de la patria. En los intervalos de la guerra, tenia ya contraida la costumbre del prodigioso trabajo de gabinete que era el único descanso que apetecia en sus fatigas militares. Su correspondencia con el Directorio, con los ministros de la República en las diferentes cortes de la Italia, con los soberanos y con los generales, le colocaban ya entre los hombres mas grandes de la historia. Desde luego se veia en la precision de buscar únicamente en sí, los medios de resistir á las nuevas tempestades que la casa de Austria, sostenida por las disposiciones hostiles de los gobiernos de Génova,